

ALICIA NOEMÍ PERRIS VILLAMOR

Jonathan Littell: Con él llegó el escándalo

Vive en Barcelona un joven norteamericano sin obra, que escribió en francés —*quelle horreur!*— una novela —*Las benévolas*— de más de mil páginas y que creó, sobre todo, el punto de vista de un personaje universal inolvidable: un hombre común transformado en un monstruo nazi. Ese escritor se llama Jonathan Littell, ganó el prestigioso premio Goncourt y el Grand Prix de la Académie Française, vendió un millón ejemplares en Francia (donde lo editó Gallimard) y se convirtió en el novelista del año para toda Europa. Según Jorge Semprún, estamos ante el acontecimiento literario del siglo xx y de lo que va de éste. Vargas Llosa afirma que gracias a Littell conocemos “cimas más altas de monstruosidad de lo que creíamos” y que es un libro impresionante que “no deja espacio a la esperanza”. Según el crítico Jesús Ruiz Mantilla (Babelia) es “una vasta y magistral novela que se adentra en el corazón de todas las tinieblas de la mano de Maximilian Aue, un verdugo nazi ...”. Recibió, en cambio, la condena de Claude Lanzmann, quizá la máxima autoridad en lo que se refiere a la Shoá. El *Nouvel Observateur* habló de “obra maestra” y hubo quien comparó el libro con *Guerra y paz*, de Tolstoi. Otros, en cambio, lo juzgaron como un excelente “producto”. En España lo publicó RBA y saldrá próximamente en catalán editado por Quaderns Crema. La obra aborda el Holocausto desde la mirada de Maximilien Aue, un oficial de las SS que huyó de Alemania al acabar la II Guerra Mundial. Jonathan Littell asegura que con *Las benévolas* quiso responder a una cuestión: la naturaleza del crimen de Estado.

LAS BENÉVOLAS, de Jonathan Littell, reactualiza sin pudor los horrores de la segunda guerra mundial y de la Shoá. Se trata de un libro de novecientas páginas en su original francés y 1200 en su traducción castellana, escrito por un norteamericano que vivió y estudió muchos años en Francia, donde se embebió de su cultura y de su lengua.

Littell nació en Nueva York en 1987, descendiente de una familia judía de origen polaco, que había emigrado a América —como tantas otras en diferentes países— a finales del siglo xix. Es precisamente su ascendencia judía, lo que a menudo vuelve incomprensible la indecencia, el distanciamiento ético y la frialdad del protagonista, Max Aue, un ambiguo SS nazi de la Segunda Guerra Mundial, al que el autor considera la imagen de sí mismo. Este punto de partida un tanto atrabiliario, se ensombrece aún más cuando el famosísimo y enriquecido Premio Goncourt 2006 (se habían vendido hace meses ya un millón de copias de la novela) concede pocas entrevistas con infinito cansancio, se coloca desde una tarima suficientemente elevada para discursar de lo humano y lo divino con cierta afectación y un mal disimulado orgullo alimentado por el éxito.

De todas partes del mundo, han surgido comentarios favorables para *Les bienveillantes*, así como también un ejército de sorprendidos detractores. También se le han supuesto a la novela otros autores, aparte del oficial, en la persona del editor de Gallimard, que publicó el original en francés, Richard Mollet, o el propio padre de Littell, escritor profesional en los últimos treinta y cinco años. El escritor tenía también un libro de principiante, *Bad Voltage*, una novela de ciencia ficción que prefiere olvidar. Sea como sea, la obra sirve al menos,

ALICIA NOEMÍ PERRIS VILLAMOR

Jonathan Littell: Con él llegó el escándalo

Vive en Barcelona un joven norteamericano sin obra, que escribió en francés —*quelle horreur!*— una novela —*Las benévolas*— de más de mil páginas y que creó, sobre todo, el punto de vista de un personaje universal inolvidable: un hombre común transformado en un monstruo nazi. Ese escritor se llama Jonathan Littell, ganó el prestigioso premio Goncourt y el Grand Prix de la Académie Française, vendió un millón ejemplares en Francia (donde lo editó Gallimard) y se convirtió en el novelista del año para toda Europa. Según Jorge Semprún, estamos ante el acontecimiento literario del siglo xx y de lo que va de éste. Vargas Llosa afirma que gracias a Littell conocemos “cimas más altas de monstruosidad de lo que creíamos” y que es un libro impresionante que “no deja espacio a la esperanza”. Según el crítico Jesús Ruiz Mantilla (Babelia) es “una vasta y magistral novela que se adentra en el corazón de todas las tinieblas de la mano de Maximilian Aue, un verdugo nazi...”. Recibió, en cambio, la condena de Claude Lanzmann, quizá la máxima autoridad en lo que se refiere a la Shoá. El *Nouvel Observateur* habló de “obra maestra” y hubo quien comparó el libro con *Guerra y paz*, de Tolstoi. Otros, en cambio, lo juzgaron como un excelente “producto”. En España lo publicó RBA y saldrá próximamente en catalán editado por Quaderns Crema. La obra aborda el Holocausto desde la mirada de Maximilien Aue, un oficial de las SS que huyó de Alemania al acabar la II Guerra Mundial. Jonathan Littell asegura que con *Las benévolas* quiso responder a una cuestión: la naturaleza del crimen de Estado.

LAS BENÉVOLAS, de Jonathan Littell, reactualiza sin pudor los horrores de la segunda guerra mundial y de la Shoá. Se trata de un libro de novecientas páginas en su original francés y 1200 en su traducción castellana, escrito por un norteamericano que vivió y estudió muchos años en Francia, donde se embebió de su cultura y de su lengua.

Littell nació en Nueva York en 1987, descendiente de una familia judía de origen polaco, que había emigrado a América —como tantas otras en diferentes países— a finales del siglo xix. Es precisamente su ascendencia judía, lo que a menudo vuelve incomprensible la indecencia, el distanciamiento ético y la frialdad del protagonista, Max Aue, un ambiguo SS nazi de la Segunda Guerra Mundial, al que el autor considera la imagen de sí mismo. Este punto de partida un tanto atrabiliario, se ensombrece aún más cuando el famosísimo y enriquecido Premio Goncourt 2006 (se habían vendido hace meses ya un millón de copias de la novela) concede pocas entrevistas con infinito cansancio, se coloca desde una tarima suficientemente elevada para discursar de lo humano y lo divino con cierta afectación y un mal disimulado orgullo alimentado por el éxito.

De todas partes del mundo, han surgido comentarios favorables para *Les bienveillantes*, así como también un ejército de sorprendidos detractores. También se le han supuesto a la novela otros autores, aparte del oficial, en la persona del editor de Gallimard, que publicó el original en francés, Richard Mollet, o el propio padre de Littell, escritor profesional en los últimos treinta y cinco años. El escritor tenía también un libro de principiante, *Bad Voltage*, una novela de ciencia ficción que prefiere olvidar. Sea como sea, la obra sirve al menos,

aparte de sus virtudes literarias e históricas, si las tuviera, para reactualizar la Shoá y la ignominia sembrada en todos los escenarios donde germinó la podredumbre de la Segunda Guerra Mundial.

La obra de Littell ha sido traducida en el mes de noviembre al español, por María Teresa Gallego Urrutia, para RBA, y al catalán, por Pau Joan Hernández, para Quaderns Crema. El mismo Littell se había dedicado a la traducción de muchos escritores franceses contemporáneos o clásicos como Genet, Blanchot, Sade. Casi ninguno de estos trabajos ha sido publicados. Sin embargo, es tradicional conceder que un traductor por su propio oficio está familiarizado con la técnica de la escritura y el lenguaje. Y además está la formación norteamericana de Littell, en un *college* de la Universidad de Yale, donde los estudios distan mucho de ser especializados y pueden bascular desde la física cuántica, hasta el arte, pasando por la sociología.

Gracias en parte al éxito de ventas y a la difusión de una novela escrita en lengua francesa, el autor recibió la nacionalidad gala, después de haberla solicitado previamente en vano, aunque lamentó no “haber llegado a tiempo a las últimas elecciones para votar en contra del presidente Sarkozy”.

La notoriedad le molesta a este antiguo cooperante, que acudió a Sarajevo formando parte de Acción contra el Hambre porque le parecía inapropiado hacerlo como un simple turista. Fue testigo de las atrocidades de Chechenia, Afganistán, el Congo o Bosnia-Herzegovina y de la maldad humana, de la insensible y despiadada lucha del hombre contra el hombre. De hecho, le gusta citar a Georges Bataille, cuando dice, “Los verdugos no tienen palabra, o, si hablan, lo hacen con la voz del Estado”.

De su personaje Max Aue, cree

que no “es verosímil”, pero que no le interesaba la verosimilitud sino la verdad y que “la verdad literaria es diferente de la verdad histórica o sociológica”.

Claude Lanzmann es también de los que consideran que el verdugo de Littell no es creíble y que es posible que sirva de referencia para que el público conozca la Shoá a través de su novela. Éste, sin embargo, piensa que la discusión que mantiene con Lanzmann llega a dos conclusiones irreductibles y que son las dos verdaderas y que la polémica no ha terminado. Recuperado de las vivencias de cooperante, se diluye en el mundo más irreal pero menos amenazador de la literatura. Viajó durante un año, en cuatro meses redactó el primer borrador de su libro y luego invirtió dos años en revisar la obra.

En la actualidad reside en Barcelona, con su compañera y un hijo, y no piensa —o no confiesa— estar escribiendo otra “obra maestra” ni tampoco estar interesado en ceder los derechos para que *Les bienveillantes* sea llevada al cine.

Sus experiencias, algunas macabras y difíciles en el terreno, hicieron crecer en su interior el fantasma de un verdugo sin ningún tipo de moral, aunque para Littell lo más destacado de la II Guerra Mundial fue el enfrentamiento entre los alemanes y los rusos. Personaje tan controvertido como el Max Aue de su libro, se siente cómodo levantando controversias, cuando explica en alguna entrevista (se repite una y otra vez en lo que cuenta a unos medios y a otros): “un soldado israelí no es mejor persona que un nazi y, de hecho, puede provocar una masacre...”. Se ha comparado hasta la saciedad *Les bienveillantes* con *Guerra y Paz* de Tolstoi, una letanía reiterada que el propio Littell se ha encargado de contradecir. Tampoco —piensa el autor— se parece a Vassili Grossman.

Se encuentra en cambio identificado con escritores como Blanchot, Bataille, Kafka, Beckett, Melville, mientras el título de su novela entronca con la Antigüedad clásica, aquella que se nutre de los mitos que luego vierten en teatro los grandes trágicos como Sófocles, Eurípides o Esquilo. De hecho, *Les bienveillantes* se refiere a las Euménides, anteriormente las Erinias, esas criaturas de la mitología que sembraban la persecución y el horror a su paso. El universo griego le resulta mucho más sugerente a Littell que la tradición judeocristiana, porque, según declara en la entrevista con Georgesco, “la actitud griega es más rotunda... No se tiene en cuenta la intención... unos fueron ejecutados, otros encarcelados y otros liberados. Hasta hubo quienes nunca fueron arrestados. Eso no es justo. Pero es así. Es el azar de los procesos. Nada tiene que ver con la culpabilidad”. Parafraseando a Jean Paul Sartre, se podría decir, es el azar, “el sucio azar”. ¿Y esa es toda la explicación? ¿Así se enjuaga una de las épocas más dramáticas y destructivas de la historia de Europa? ¿Dejándonos mecidos por el azar?

Están presentes en el libro, la homosexualidad del protagonista y el incesto y una cierta decadencia microcósmica que se enlaza a la de un mundo que se hunde definitivamente en la muerte y la destrucción también por falta de moral, de proyecto filosófico y ético.

Littell es un autor y un ser humano que ha perdido toda esperanza en el mundo en que le toca vivir (no le importa admitirlo sin pesar) y que no cree en las grandes ideas benéficas que algunos pregonan en la actualidad y que se relacionan con la antiglobalización, el ecologismo y otras utopías que él considera “inmaduras”, casi rousseaunianas, en un mundo donde no existen ya la piedad, ni el perdón.

El novelista puede despertar cierta inquietud en el lector de sus entrevistas, cuando confiesa, en un diálogo con Florent Georgesco, sobre Max Aue, “digamos que podría haber sido yo si, en vez de nacer en Estados Unidos en 1976, hubiera nacido en Alemania en 1913... Las personas no eligen de un modo absoluto e inevitable... Él pone en su nazismo tanta sinceridad como yo en mis actividades humanitarias...”. Aparte de sobresaltarlos su explicación, podríamos recordar aquel famoso espíritu que recorría como un viento redentor las obras de teatro de Calderón de la Barca y muchas otras del Siglo de Oro español, cuando dignificaba al ser humano justamente por su capacidad de elegir, de ejercitar su libre albedrío para apartarse de la obediencia debida, de la maldad, del horror. Sin embargo le encanta discursar en contra de las ideas neoconservadoras de Estados Unidos, mientras revisa los capítulos de la historia pasada y la política del día con su clásico distanciamiento de triunfador, que no parece haber claudicado— todavía— a la seducción del éxito.

Les bienveillantes está concebida como una Suite de Bach, con sus diferentes números *toccata, allemandes* I y II, *courante, sarabande, minuet (en rondeaux), air, gigue*. Tiene un estilo pulcro, casi quirúrgico, pero sin embargo no llega a ser frío. Sí, ligeramente arcaizante. Es el lenguaje que empleaban los franceses de la II Guerra Mundial y busca la complicidad, la sorpresa del lector. Si no fuera obsceno, se podría decir que la pluma de Littell es hasta relajante en el estilo, cuando desgrana las peores descripciones en la novela. Cuando se refiere a la estructura musical de su obra, también entra en la discusión de los compositores clásicos. Su afición llega “hasta Beethoven” y le horroriza la música de Wagner, toda una cosmovisión estética, vinculada también



Jonathan Littell

a las monstruosidades de los nazis en los campos de concentración.

Una de las ventajas de la “aventura Littell”, puede ser la vuelta sobre la literatura, la historia y la cinematografía que relatan y fotografían la constelación de la II Guerra Mundial. Es de obligada relectura la obra de Primo Levi o *Sin destino*, del húngaro Imre Kertész (cuya película homónima fue presentada este otoño por Casa Sefarad), *La especie humana*, de Robert Antelme, el que fuera marido de Marguerite Duras, las Memorias o diarios de figuras nazis de la época como Albert Speer, Joseph Goebbels o *La II Guerra mundial* de Winston Churchill y *Los nazis y la solución final* de Laurence Rees. La filmografía que bucea en ese periodo aciago de la historia del siglo xx, recuerda a *La caída de los dioses* de Visconti (1969), la más reciente *El hundimiento*, de Oliver Hirschbiegel (2004) o las ya clásicas de *La lista de Schindler*, de Steven Spielberg (1993), *Ser o no ser*, de Ernest Lubitch (1942) y *El gran dictador*, de Charles Chaplin (1940).

Jonathan Littell, con toda su ambigüedad y desde la náusea, rozando el escándalo con un personaje y un relato a menudo abyectos, vuelve a po-

ner de manifiesto algo que todos habíamos aprendido ya: la necesidad de revisar el pasado, aunque resulte doloroso y hostil, los grandes sacrificios humanos que se han llevado a cabo y continúan, con la excusa de cualquier circunstancia o cualquier idea, como la Shoá, las dictaduras hispanoamericanas, las matanzas de África, las persecuciones, el mantenimiento de campos de concentración en la actualidad por las razones de siempre: diferencias no asumidas, la imagen paranoide del enemigo, la economía, el territorio, la supervivencia de unos grupos en detrimento de otros menos favorecidos, los ejércitos de niños, las violaciones a los derechos humanos, el abandono de la ética, la moral y la dignidad del hombre y la mujer.

Max Aue, el protagonista de *Les bienveillantes* de Jonathan Littell acaba solo, resignado, aunque es posible que esto sea un castigo escaso y nada ejemplarizante para un verdugo. En el último párrafo de su libro escribe en su mejor estilo: “...me quedaba solo, con el tiempo y la tristeza y la pena del recuerdo, la crueldad de mi existencia y de mi muerte que todavía estaba por llegar. Las benévolas habían vuelto a encontrar mi huella”. *Voilà.*